





LA CIENCIA EN EL TRÓPICO

JOHN JAIRO ARBOLEDA CÉSPEDES

Rector de la Universidad de Antioquia
Médico veterinario y magíster en Medicina Tropical

Fotos petroglifos, cultura Umbra, Bonafont, Caldas, Colombia

Colombia es un denso y extraño paraíso: el carrusel de tonalidades verdosas de sus bosques, sus altas montañas y portentosas sabanas, el mosaico de sus climas y microclimas, el choque de vientos cálidos y húmedos, las tormentosas precipitaciones. Hay en ello, sin embargo, una paradoja: aunque como académicos y científicos tenemos ante nuestros ojos sorprendentes microcosmos por registrar y descubrir, el rasgo de “país en desarrollo” —con las limitaciones e implicaciones sociales, educativas y económicas por todos conocidos— le ha significado también a nuestra ciencia nacional una autonomía limitada y un tránsito lento hacia su autorreconocimiento y soberanía.

Pese a todo esto, desde hace varias décadas muchas universidades y otras instituciones colombianas, como también hombres y mujeres de manera independiente, se han encaprichado en hacerle quite a esas limitaciones y se embarcaron en reveladoras expediciones, exploraciones y hallazgos sobre las particularidades de esta “caótica” región del mundo que nos pertenece y nos configura. Hay una bella palabra asociada a esa selva densa, a este rasgo tan nuestro: “manigua”, la voz taína con una particular acepción: “abundancia desordenada de algo, confusión, cuestión intrincada”.

Sobre esa cuestión intrincada quiero hacer énfasis en esta invitación que me ha extendido nuestra querida —¡y patrimonial!— *Revista Universidad de Antioquia*. Por los caminos espesos de esa manigua de trópico, los “científicos criollos” hemos transitado durante las últimas cuatro décadas. Amasando en nuestras cabezas hipótesis y posibilidades, nos hemos internado en esa “abundancia desordenada” con la aspiración de encontrar orden a partir del orden que promete el método científico.

Sus hallazgos hoy son también una suerte de patrimonio colectivo del que la institución que hoy lidero se precia, se enorgullece y que la ha constituido como referente nacional. Hablo aquí, más que como rector, como un colega profesor que en la década de los ochenta empezó a comprender y a asumir el valor de la investigación como una vocación propia de la Alma Máter de la que somos parte. En el libro *Universidad de Antioquia. Historia y presencia*, la profesora María Teresa Uribe describió bien ese momento en el que la institución asumió la labor investigativa en la Universidad como uno de sus ejes, sustentado ya por años de experiencias y estudios gestados de manera independiente en las unidades académicas y a las que se les unió, como aporte fundamental, la expansión de los posgrados, “porque —reseñó Uribe de Hincapié—, la investigación dejó de ser patrimonio de los pocos o muchos profesores que se ocupaban de ella, para convertirse en una función docente, en parte constitutiva de la formación de los estudiantes, hasta crear algunas de las condiciones necesarias para la conformación de comunidades intelectuales y escuelas de investigadores”.

Precisamente, en la década de los ochenta se gestó en la Universidad una suerte de aspiración científica por comprender asuntos de esta región tropical que hoy son claves para la salud pública y el bienestar de las comunidades. Hasta entonces, temas como la malaria, el dengue, la enfermedad de Chagas o la fiebre amarilla resultaban exóticos para la ciencia que nos observaba —y apadrinaba— desde fuera del país. Así que buena parte de los estudios de

enfermedades tropicales se nutrieron en un primer momento con el envío de profesionales a especializarse a otros países, europeos, sobre todo. En Francia y España es también un problema la leishmaniasis, así que ya había allí un importante estado del arte.

Hubo pues un grupo de profesores y jóvenes estudiantes que asumieron como propio buscar alternativas para enfrentar enfermedades del trópico, ajenas para algunos países en desarrollo con sólidos procesos científicos. Una mirada en perspectiva a la evolución de esa apuesta, constata una vez más que nuestros profesores son el patrimonio más importante que tenemos como institución. Son muchos los nombres a los que abraza esa idea, de múltiples áreas de conocimiento; pero, quiero resaltar aquí a algunos de este campo de interés científico con el que he estado particularmente relacionado y a los que esta universidad les ha reconocido relevantes aportes y protagonismo.

Hace 40 años Iván Darío Vélez se “encaprichó” por el estudio de las enfermedades tropicales. Empezó ese estudio cuando el dengue no había llegado a Medellín y estaba por Santa Fe de Antioquia, para entonces este médico egresado de nuestra Universidad ya había recibido entrenamiento en Entomología en las universidades de Wisconsin y de Notre Dame, de Estados Unidos, donde estudió esta enfermedad. Después de su año rural y también interesado en la malaria, se vinculó como profesor a la Facultad de Medicina. Estando allí, aprovechó un programa con el gobierno francés para una instancia durante dos años en Francia, para especializarse en Parasitología y Medicina Tropical y Leprología. Para entonces, había estudiado una epidemia de leishmaniasis en Montebello —en Antioquia—, así que llevó al país europeo las cepas de los parásitos para estudiarlas.

Vélez regresó en 1986 y empezó a aplicar lo que había aprendido en Francia, África y España. El retorno al trópico lo llevó a estudiar focos de transmisión y creó el grupo de investigación que se llamó Servicio de Leishmaniasis y que, diez años después fue renombrado Programa de Estudio y Control de Enfermedades Tropicales —Pecet—, de la Universidad de Antioquia. Este programa, dirigido por Vélez Bernal desde entonces, pasó de una financiación externa de 120 mil dólares a finales de los años ochenta, por parte del gobierno canadiense, a una de 15 millones de dólares tres décadas más tarde, por parte de los gobiernos de Estados Unidos y Reino Unido, Wellcome Trust y la fundación Bill y Melinda Gates. Hoy, uno de sus proyectos bandera es el World Mosquito Program, un programa internacional y sin ánimo de lucro, que trabaja para proteger a las comunidades de las enfermedades transmitidas por mosquitos, como el dengue, el Zika y el chikunguña.

Pero, hay una característica del trabajo realizado desde el Pecet que conviene resaltar: el conocimiento holístico. Más allá de la respuesta inmune del paciente, desde sus inicios se propuso el estudio del contexto y la naturaleza de las enfermedades que aborda, lo que ha convertido al Alma Máter en un referente latinoamericano, bastante atractivo como destino académico e investigativo de muchos estudiantes y profesionales del mundo.

Todo ese trabajo evidencia la multidisciplinariedad como un rasgo clave de esa ciencia del trópico que se ha gestado desde la Universidad de Antioquia. En

ella también ha sido destacado el trabajo de la profesora Silvia Blair Trujillo, quien desde la década de los noventa asumió la investigación etnomédica y una perspectiva integral, como caminos para conocer a fondo sobre la malaria, conjugando la investigación básica, clínica, epidemiológica y los determinantes socioeconómicos. Esta enfermedad infecciosa, ocasionada por el parásito *Plasmodium* y transmitida por la picadura de un mosquito infectado, aqueja en muchos países del mundo con frecuencia a adultos y niños, siendo estos últimos los más afectados, incluso de manera mortal; en Antioquia, por ejemplo, la malaria se ensaña con especial arraigo en zonas como Urabá y Bajo Cauca. Blair —una mujer con una alta sensibilidad y compromiso por las transformaciones sociales—, es un referente en Latinoamérica por el trabajo que lideró desde el Grupo de Malaria, fundado por ella en 1990 y desde el cual convidó a muchos jóvenes investigadores en formación, a que la acompañaran hasta recónditos lugares del territorio colombiano para recopilar datos sobre las plantas utilizadas por los lugareños para tratar esa patología, un proceso que le aportó a dos de sus libros: *Plantas Antimaláricas, una revisión bibliográfica* (1991) y *Plantas Antimaláricas de la Costa Pacífica Colombiana* (2005).

Como Vélez y Blair, son numerosos los docentes, en muchos otros campos y áreas de conocimiento de la Universidad de Antioquia, que se han convertido en modelos inspiradores para nuevas generaciones de investigadores. Yo mismo, recién terminé mi pregrado en medicina veterinaria, encontré un camino sumamente atractivo para desempeñarme por muchos años como profesional, docente e investigador, lo que me llevó a la Maestría en Medicina Tropical. Las enfermedades tropicales tienen una complejidad tal que necesitan varios ojos expertos que la miren y le aporten a su intervención. Por ello, enfrentarlas ha exigido combinaciones estratégicas para encontrar respuestas a sus misterios. Por ejemplo, las enfermedades zoonóticas —aquellas comunes a animales y hombres— establecen una clara línea de conexión con la medicina tropical, porque los conocimientos que emergen de nuestro campo de formación sobre la fauna doméstica y silvestre, ofrecen también elementos necesarios para comprender los ciclos de transmisión de las enfermedades características del trópico, o para identificar los animales que pueden ser reservorios de los agentes etiológicos que originan tales enfermedades.

Cuatro décadas de trabajo de varios centenares de científicos, que se han concentrado en los misterios y particulares de este trópico que nos marca como país, le han dejado a la Universidad de Antioquia un capital investigativo invaluable. Pero lo más gratificante es que ello ha trascendido las paredes y anaqueles de esta casa de estudios que tanto queremos. Todo ese conocimiento está hoy en los morrales de muchas mujeres y hombres que, día a día, siguen abriéndole “trocha” en la manigua a esa ciencia del trópico que ha emergido con potencia y que estamos llamados a seguir respaldando, porque es la única que nos permitirá dialogar con otros saberes, generarnos nuevas preguntas, encontrar nuevas amenazas, responder complejos cuestionamientos y proponer soluciones a esas cuestiones que alteran nuestra vida y bienestar. ■



